

do tener éxito? Porque querían bloquear y no sitiar la plaza, y se guardaron bien de comprometer sus victorias anteriores con una derrota posible, y hasta probable, al principio de la grande operación que habían emprendido.

Bajo el imperio de aquel pánico momentáneo, Trochu ordenó el abandono de todas las defensas exteriores y la destrucción de los puentes de Billancourt, Sevres, Saint-Cloud, Asnieres, Clichy y Saint-Ouen. Para comunicación de ambas riberas fuera del recinto fortificado sólo conservó el puente de Neuilly y el del ferrocarril de Asnieres.

En 30 de septiembre, mientras Exea libraba en la margen derecha el combate de Nuestra Señora de Meches, Vinoy, con las brigadas Blaise y Guilhem, sostenía el mortífero combate de Chevilly, en que pereció el general Guilhem y los franceses tuvieron cerca de 2.000 bajas entre muertos y heridos. Esta fué, según los alemanes, la primera gran salida de los parisienses, y, según el general Schmitz, jefe de Estado mayor de Trochu, el primero de aquellos grandes reconocimientos ofensivos, que se emprendían con fuerzas demasiado escasas para obtener resultados serios y en los cuales se derramaba, sin gran provecho, una sangre preciosa.

Desde Chatou hasta Argenteuil, la línea de bloqueo seguía el Sena y, á orillas del río, el único punto ocupado sólidamente por el enemigo, era Bezons. Considerándose bastante protegidos por el Sena y por la península de Gennevilliers, los alemanes habían acumulado menos obstáculos, menos defensas y menos tropas en esta parte de su línea que sobre las demás. Si se lograba pasar el río en Bezons, con 50.000 hombres, se podía tener la esperanza de llegar al Oise, pasarlo más arriba de Conflans, dar la mano á las fuerzas francesas reunidas cerca de Ruán y organizar, con el concurso de estas fuerzas y de las que se les agregasen, la defensa de Normandía. Tal era el plan concebido por Ducrot á principios de octubre, aceptado por Trochu, estudiado por ambos en sus menores detalles y que, en caso de éxito, hubiera cambiado seguramente la situación. Este plan no empezó á ejecutarse hasta el 21 de octubre, con las acciones que llevan el nombre de combate de la Malmaison, combate que costó 541 hombres á los franceses y 414 á los alemanes. Antes de que terminase octubre, los franceses habían recuperado casi todas las posiciones abandonadas después de la derrota de Chatillón. Los últimos días del mes vieron el más importante é inesperado de estos éxitos: el largo pueblo del Bourget, que formaba como una línea saliente de las posiciones enemigas por la parte de nuestro frente Norte, fué brillantemente tomado, el día 28 de octubre, por los cazadores francos de la Prensa y por los guardias móviles del Sena, á quienes sostuvo el general Bellemare, sin haber recibido órdenes del cuartel general. Al mismo tiempo, el contraalmirante Saisset, para apoyar dicho ataque, hizo contra Drancy una demostración que dió por resultado la conquista de esta posición. Enterado de este incidente, el general Trochu debió ordenar la evacuación inmediata del Bourget ó enviar allí fuerzas suficientes para conservarlo. Nada de esto hizo: ni se atrevió á reprender al general Bellemare por su afortunada desobediencia, ni empleó el día 29 en poner al Bourget en estado de defensa. El 30, por la mañana, la guardia prusiana atacó el Bourget, y des-

pués de encarnizada lucha en que los alemanes tuvieron 477 bajas y los franceses 1.200, el pueblo volvió á quedar en poder del invasor.

La pérdida del Bourget fué un golpe mortal para la popularidad y la autoridad de Trochu.

A principios de noviembre, las fuerzas parisienses fueron reorganizadas y divididas en tres ejércitos. El primero se componía de 283 batallones de la guardia nacional, bajo el mando del general Clemente Thomás. El segundo, el de Ducrot, contó 100.000 hombres. El tercero, mandado por Vinoy, reunió 70.000 combatientes. El cuerpo llamado de Saint-Denis y compuesto de 30.000 hombres estaba á las órdenes del vicealmirante La Ronciere-le-Noury. Inmediatamente después de la reconstitución del ejército, Ducrot y Trochu estaban de acuerdo para operar una salida por el Oeste, que debía verificarse el 15 de noviembre. El día 14 se recibió en París la noticia de la batalla de Coulmiers y el proyecto de salida fué abandonado.

Si el ejército de socorro llegaba por el Sur ó por el Este, había que intentar la salida por esta parte y el comandante en jefe estudió las posiciones enemigas desde este nuevo punto de vista. Al parecer, el punto más flaco del cerco era el comprendido entre el Marne y el Sena; el Marne separaba á los wurtembergueses del 12.º cuerpo sajón, y el Sena los separaba del 6.º cuerpo. Por allí había que atacar al enemigo, tanto más, cuanto que, en caso de victoria, se llegaría á Melún y que de Melún á Orleans, por Fontainebleau, Malesherbes y Pithiviers, se encontraría una región cubierta de bosques y ocupada sin duda por el ejército del Loira. Se razonaba suponiendo una marcha victoriosa del ejército del Loira después de la batalla de Coulmiers é ignorando los movimientos de Federico Carlos, que precisamente acababa de pasar el Sena y el Esona y se dirigía hacia Pithiviers.

Una vez tomada su resolución, Trochu hizo transportar del Oeste al Este el inmenso material que había acumulado en la península de Gennevilliers para una salida por Bezons. El ejército de Ducrot siguió y, en menos de diez días, todo estuvo preparado. El objetivo de Ducrot, para la primera jornada, era Lagny y para la segunda Nogent-sur-Seine. La primera jornada había sido fijada para el 29; la noche antes, Saisset estuvo encargado de ocupar la meseta de Avrón, instalar en ella 60 cañones y bombardear la extrema derecha de los wurtembergueses. Durante el ataque principal habían de operarse diversiones: al Sur por Vinoy contra Thiais y Choisy-le-Roi; al Norte por La Ronciere-le-Noury, en Epinay, y al Oeste por las divisiones de Liniers y de Beaufort-d'Hautpoul. La imposibilidad en que se encontraron los ingenieros Krantz y Ducros de tender puentes sobre el Marne, á causa de lo impetuoso de la corriente, en la tarde del 28 de noviembre, hizo dar contraorden respecto á la principal operación; fué diferida por veinticuatro horas y, cuando tuvo efecto, los wurtembergueses habían recibido refuerzos. No diremos que el resultado de las batallas del Marne hubiera sido diferente, si se hubiesen librado una el 29 de noviembre y la otra el 1.º de diciembre, pero podemos afirmar que, sin aquellos contratiempos, los franceses hubieran perdido menos gente y causado más daño al enemigo.

La diversión ordenada á Vinoy, á pesar de ser considerada como inútil á causa del retraso impuesto á la operación principal, tuvo efecto el 29 de noviembre: los combates del Hay y de la Gare-aux-Bœufs costaron á los franceses 990 hombres contra 142 bajas del enemigo. Era pagar muy cara una simple demostración. Los serios combates de Montmesly y Epinay, librados al mismo tiempo que la batalla de Villiers, el 30 de noviembre, eran también demostraciones accesorias en el plan del Estado mayor. Sin embargo, en Montmesly, los franceses tuvieron 1.236 hombres fuera de combate, y Henrión perdió 308 en la toma de Epinay.

Los franceses, en número de 55.200, lucharon en Villiers contra 45.600 alemanes fuertemente atrinchera- dos; después de muchos actos de heroísmo individual, sus esfuerzos se estrellaron contra el parque del casti- llo, rodeado de muros y transformado en verdadera fortaleza. Quedaban, sin embargo, dueños del campo de batalla, cubierto de 4.000 de los suyos, entre muertos y heridos. El valiente general Renault era uno de los muertos. Los alemanes no habían perdido más que 1.715 hombres. Ducrot arrojó varias veces la muerte con temerario arrojo, sin que le hiriese ninguna de las balas que, como lluvia de fuego, derribaban en torno suyo á sus oficiales y ayudantes.

La jornada del 1.º de diciembre fué consagrada, de común acuerdo, al descanso de los vivos y al entierro de los muertos. En la noche del 1.º al 2 de diciembre, la temperatura descendió á 10 grados bajo cero y los franceses, que, en la previsión de una marcha forzada, no se habían provisto de tiendas ni de mantas, sufrieron cruelmente del frío.

Habían acabado de ceder al sueño, cuando fueron bruscamente atacados, al despuntar el día, por los alemanes, en número de 62.000, que los desalojaron por lo pronto de gran parte de las casas de Champigny. La segunda batalla del Marne ha conservado el nombre de este pueblo, donde los franceses perdieron cerca de 6.000 hombres y tuvieron fuera de combate 429 oficiales.

Ducrot, después de pasar revista á sus divisiones, á sus brigadas y á sus regimientos diezmadados, después de haberse hecho cargo de la fatiga de los hombres y de la imposibilidad de renovar la lucha, ordenó la retirada. El 2 de diciembre, al anochecer, el ejército se retiró detrás del Marne, sin que el enemigo, que había perdido 6.172 hombres en las dos batallas, sospechase de pronto su marcha, ni pensase luego en molestarlo.

Después de los combates de Villiers y Champigny, quedaba en salvo el honor y se podía negociar la paz sin la vergüenza de Sedán y de Metz. Después del inmenso esfuerzo realizado en los días 30 de noviembre y 2 de diciembre, Ducrot era de opinión de escuchar las proposiciones del enemigo, proposiciones formula- das en la inesperada forma de una carta del general Moltke al general Trochu anunciando, en 5 de diciem- bre, la recuperación de Orleans por los alemanes y ofre- ciendo al gobernador de París un salvoconducto para uno de sus oficiales que podría comprobar la noticia.

Trochu rehusó la proposición porque la derrota de Orleans, dándola por cierta, en nada cambiaba las con- diciones de la defensa de París. Su contestación, corta y digna, fijóse en las esquinas de la capital y produjo

gran efecto. Desgraciadamente era más propia para au- mentar que para disminuir las tenaces ilusiones de los parisienses. Se necesitaba todo el apasionamiento polí- tico de la *Comisión informadora* y todos los rencores personales del conde Darú, para reprochar al general Trochu el haber obedecido aquel día, como en 5 de no- viembre anterior, más bien á un sentimiento de honor militar que á un sentimiento político.

Las condiciones de la lucha empeoraron á causa de los rigores de la temperatura y porque los dos comba- tes librados el 21 de diciembre al Norte y al Sur de Pa- rís, en el Bourget y en Ville-Evrard, probaron la impo- tencia de la defensa militar. La acción de Ville-Evrard, en que fué muerto el general Blaise, no era más que una diversión destinada á facilitar el movimiento inten- tado al Nordeste. Las tres brigadas que tomaron parte en la acción del Bourget perdieron cerca de mil hom- bres durante el combate y más de 900 en la noche si- guiente. El general Trochu había creído poder mante- ner sus tropas en sus acantonamientos exteriores, desde el 21 hasta el 24 de diciembre; el descenso de la tem- peratura, que causaba más estragos que el fuego del enemigo, hizo desistir de aquel propósito, y entraron en París 20.000 franceses sin herida alguna, pero anémicos y sin que ya jamás hubiesen de recobrar la salud. No es, pues, de extrañar que el estado mayor, al atravesar las líneas francesas, fuese acogido con estos gritos de desesperación y de súplica: «¡La paz!, ¡la paz!, ¡quere- mos la paz!»

Los prusianos habían instalado en las posiciones que dominaban el monte Avrón 76 cañones de gran alcan- ce cuyos fuegos convergentes hacían insostenible la si- tuación de las baterías francesas. En vez de exponer estas baterías á una destrucción fatal y sus artilleros á una muerte tan segura como inútil para la defensa, el general Trochu dió orden de evacuar la meseta de Avrón, operación que se llevó á efecto en la noche del 28 al 29 de diciembre, bajo las órdenes del general Stoffel, sin pérdida de un solo cañón.

La instalación de las nuevas baterías prusianas que determinara la evacuación de la meseta por los franceses anunciaba la llegada del material necesario para el bom- bardeo. Este empezó, efectivamente, el 5 de enero para continuar hasta el 26: sus resultados fueron mediocres y sin influencia alguna en el resultado del sitio. Sufrie- ron daño algunos monumentos públicos y sucumbieron inofensivos transeuntes, entre los cuales se contaron mujeres y niños; pero la inmensidad de los espacios va- cíos hizo que resultase poco mortífera una operación que toda Alemania reclamaba apasionadamente y cuyas consecuencias decisivas descontaban de antemano los mismos jefes del ejército enemigo. La resistencia no había de cesar al último cañonazo, sino al último peda- zo de pan.

Después de las batallas del Marne, los tres ejércitos parisienses habían sido fusionados en dos. Utilizadas más pronto, estas fuerzas hubieran podido prestar exce- lentes servicios.

En 31 de diciembre los miembros del gobierno de la defensa nacional habían celebrado, en presencia de los generales del ejército y de la marina señores Ducrot, Vinoy, Frébault, Chabaud-Latour, La Ronciere-le-Nou- ry, Pothuau, Guiod, Bellemare, Noel, Clemente Tho-

más, Schmitz y otros, una especie de gran consejo de gobierno en que se había proclamado la necesidad de una nueva acción militar. El agotamiento de víveres no permitía ya á los sitiados más que unos cuantos días de resistencia, y acordóse, en principio, jugar la última carta en enero.

A principios de este mes, celebráronse varios conse- jos en que se discutió la manera de atacar al enemigo en tan suprema acción. La mayoría se pronunció por un ataque hacia el Oeste, contra Buzenval, donde los alemanes, para proteger á Versalles, habían emprendido, desde el combate de la Malmaison, formidables obras. Fijóse la acción para el 19 de enero. En ella habían de tomar parte diez y nueve regimientos de infantería, treinta y dos batallones de guardias móviles y diez y nueve regimientos de guardia nacional movilizada, con un total de 84.000 hombres, divididos en tres cuerpos, la izquierda mandada por Vinoy, el centro por Bellemare y la derecha por Ducrot. El mando superior pertenecía á Trochu que había de dirigir las operaciones desde el Monte Valeriano.

Las órdenes de marcha se dieron tan mal que el cuerpo de Vinoy fué el único que llegó al sitio del com- bate á la hora convenida, ó sea á las siete de la mañana; el cuerpo de Bellemare no llegó hasta las nueve y el de Ducrot á las once y media. Como siempre, el primer ataque fué favorable á los franceses, cuyas columnas tomaron vivamente Saint-Cloud y llegaron hasta Gar- ches, pero les fué imposible apoderarse de las defensas que protegían el cercado de la *Bergerie*, donde el enemi- go había concentrado el grueso de sus fuerzas. Lle- gada la noche, no fué posible dormir sobre las posicio- nes ocupadas, como en Villiers, pues las tropas regula- res, extenuadas por las fatigas de diciembre, valían menos y la guardia nacional, mezclada con la tropa, no le ha- bía dado más fuerza ni más consistencia. Algunos regi- mientos se habían batido bien; otros, en la bruma de la mañana, habían cometido tremendos errores y tirado contra los franceses; todos habían agotado sus fuerzas. Era imprudente esperar el ataque en las alturas que habían ocupado. Para evitar un desastre, Trochu orde- nó la retirada á las cinco y media de la tarde. Operóse con desorden y en algunos puntos se convirtió en des- bandada. Los franceses dejaron 4.000 muertos en este último campo de batalla: las balas alemanas habían atravesado el pecho al explorador Gustavo Lambert y al pintor Enrique Regnault.

La cuestión quedaba zanjada en Buzenval; la impo- sibilidad de un nuevo esfuerzo fué demostrada, el 22 de enero, en la reunión del ministerio de Instrucción pú- blica. Al día siguiente, Julio Favre fué á Versalles con el objeto de negociar la capitulación, sin que de pronto se le ocurriera, en medio del desorden que reinaba, hacer que se le agregase un oficial general para discu- tir con el estado mayor alemán las cuestiones militares. El general Beaufort-d'Hautpoul, por quien se hizo acom- pañar al cabo de cuatro días, mostró tanta tiesura en presencia del enemigo que hubo que reemplazarlo por el general Valdán. Era éste un excelente oficial, pero no había mandado en jefe y carecía por tanto de la au- toridad que hubieran revestido Ducrot ó Trochu, so- bre todo este último, á quien incumbía aquella penosa misión. Si él la hubiese desempeñado, quizá se hubie-

ran evitados las graves faltas militares de Julio Favre.

Las condiciones impuestas á París, reducido á capi- tular, hubieran podido ser más duras de lo que fueron. El desarme del ejército regular y la toma de posesión de los fuertes eran inevitables. Si los oficiales no fueron hechos prisioneros de guerra, si la guardia nacional con- servó sus armas, si la cuestión de la entrada de los ven- cedores en París fué aplazada, si la indemnización de guerra de la capital no excedió de 200 millones, fué porque Bismarck quería á un mismo tiempo concluir la negociación respecto á París y respecto á las provincias. Un armisticio relativo á París y al resto de Francia, y sobre todo un armisticio que no había de ser efectivo hasta el 31 de enero, tres días después de la firma del acta diplomática, permitía á los alemanes destruir el ejército del Este y les aseguraba la paz, aquella paz que la Alemania victoriosa deseaba con más impaciencia que la Francia vencida.

IV

Los hechos demostraron la falta irreparable que el gobierno de la defensa nacional había cometido en- cerrándose en París. Todo él debió trasladarse á Tours, en vez de enviar allí una simple delegación. Formaron ésta, al principio, los ancianos Cremieux y Glais-Bizoin, á quienes se quiso evitar los sufrimientos del sitio, y el ministro de la Marina, almirante Fourichón. Cremieux era un gran abogado y la historia no puede menos de ser indulgente por el hombre que, después de la guerra, aportó 100.000 francos para la liberación del territorio; pero hay que reconocer que cedió al peso que las cir- cunstancias habían echado sobre sus débiles hombros. Glais-Bizoin desempeñó en Tours un papel indeterminado y de escaso lucimiento. Agitóse mucho y prestó pocos servicios á la defensa nacional. El almirante Fourichón no hizo ni dejó hacer nada; creyó que, en aque- lla espantosa crisis, se podía salvar á Francia con los procedimientos rutinarios, estuvo siempre en desacuer- do con Cremieux y Glais-Bizoin y contestó á todas las proposiciones de éstos ofreciendo su dimisión.

Tal era el triunvirato, tan honrado como deficiente, que la imprevisión del gobierno de París había puesto al frente de la Francia provincial, sin poder ejercer sobre él una acción seria y continua, puesto que la línea del Oeste fué cortada el 17, la capital quedó envuelta por el enemigo el 19 y la transmisión regular de los te- legramas por el cable cesó de efectuarse á partir del 29 de septiembre.

Exceptuando á Lyon, donde la proclamación de la República se había adelantado á los acontecimientos de París, exceptuando también á Burdeos y á Marsella, donde dicha proclamación se había efectuado al mismo tiempo que en París, las provincias habían sabido á la vez la catástrofe de Sedán y la caída del Imperio. Aque- lla catástrofe, harto esperada, había producido una es- pecie de doloroso estupor; la proclamación de la Repú- blica fué acogida con alguna incredulidad en las ciuda- des y con una indiferencia casi completa en las pobla- ciones rurales. En medio de esta general indiferencia llegó, diez días después, la delegación del gobierno, que salía de la caldeada atmósfera de París.

Cremieux reunía bajo su dirección el ministerio de